José Pablo Feinmann

Peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

82 **Camporismo y cine**



Suplemento especial de
Página|12

UNA BUENA CANTIDAD DE CEMENTO FRESCO

Ya que se me suele pedir con insistencia mi libro de 1987, *López Rega, la cara oscura de Perón*, que no voy a reeditar ni menos todavía prestar a nadie pues me queda uno solo, me dispongo a utilizar algunos materiales que hay en él. No deberá creerse que hay ahí tesoros tempranos que luego fueron olvidados o pasados por alto. No es para tanto. Acaso no tenga otro mérito que las ganas del autor de amargarse la vida en plena ola gorila alfonsinista y ligarse críticas de todos lados. La Fundación Plural (cómo les gustaba hacer Fundaciones a los radicales: ¿estaría bien eso?, ¿sería transparente?, recuerdo a varios de sus integrantes que nunca me parecieron trigo limpio y que gastaban mucho dinero en atacarme por medio de considerables publicaciones en los grandes diarios: se enfurecían con mis interpretaciones y salían a decir pavadas partidarias sin mucho valor; eran grandes "intelectuales" de la *Fundación Plural*; además, jóvenes turcos de la Coordinadora; ¿en qué me iban a agarrar a mí?; la primera infamia que escuché en democracia y me dejó helado provino de un radical y a los dos meses del gobierno del hombre santo de Chascomús, creo que la cité: "A ése", dijo el piola que se sentía el rey de la política posmoderna, "lo compramos por 40.000 dólares"; carajo: ¿así se hacía política entonces?; cuando en 1985 renuncié al Partido Justicialista me invitaron a un almuerzo en la Casa Rosada con el secretario de Prensa y, al parecer, la infaltable presencia del radicha que desparramaba dólares para comprar conciencias morales en oferta; fue una reunión agradable; me sorprendió que el secretario transformara una mesa redonda en una con una cabecera irrefutable que él ocupó: no es difícil, todo reside en colocar los platos de los demás alejados del plato del importante funcionario que a uno lo recibía, generoso; hace 24 años de esto: no recuerdo nada del eminente funcionario, entre tanto, desde esa fecha, yo debo haber publicado 15 libros y un montonazo de cosas más, pero nunca fui funcionario ni ocupé la cabecera de una mesa ni busqué tentar a un tipo que acababa de irse del Justicialismo, lugar en el que había estado poco menos que de adorno; del modo que sea, todo fue muy cálido y nadie cometió la indelicadeza de poner una cifra, ofrecer un puesto o entregarme la dirección de una revista; acaso eso estaba contemplado para una segunda reunión que no se realizó, cosa que agradezco), la Fundación Plural, decía, sacó un dilatado texto en contra de mi libro sobre López Rega en tanto cara oscura de Perón. En 1987, en junio de 1987, decir que López Rega era una cara de Perón era inusual, nuevo. Y que era su *cara oscura* era blasfematorio. Perón tenía una cara oscura, y esa cara oscura era la de López, que era suya, de Perón, él la había hecho suya. Me sorprenden algunos que me preguntan si me voy a atrever a decir que Perón participó de la Triple A. En principio, Sergio Bufano lo demostró ampliamente en un muy documentado trabajo que publicó en la revista *Lucha Armada*. Su título no se anda con vueltas: *Perón y la Triple A*. Y si se trata de decir eso, ya lo dije hace 22 años: "Además, Perón sabía. Y ésta es la sombra que nos duele ver proyectarse sobre su imagen final, la sombra que debió evitar y a la que su pragmatismo lo condenó. La sombra de López Rega. Perón sabía que López quería armar los escuadrones de la muerte. Y más aún: esos escuadrones actuaron durante su vida. Actuaron contra Solari Yrigoyen. Y actuaron durante el navarrazo. ¿O el navarrazo (derrocamiento del gobierno constitucional de Córdoba en marzo de 1974) no fue una acción espectacular de la Triple A?" (JPF, *López Rega, la cara oscura de Perón*, Legasa, Buenos Aires, 1987, p. 83). Pero hay más en ese libro. Está escrito en base a mi memoria. A mi participación (como militante de superficie) en los análisis de los sucesos de la época, en caliente, quemando. El parágrafo 2.2. de *Ezeiza y la teoría de los dos demonios* se titula *La prefiguración de Ezeiza*. Y dice así: "Transcurren los días de junio. El 10 ocurre un hecho –a mi juicio– fundamental. Ocurre en José León Suárez. Hasta aquí han llegado los militantes de la Tendencia para homenajear a los hombres que protagonizaron el levantamiento de 1956. El acto se hace en José León Suárez pues aquí es donde fueron fusilados numerosos militantes peronistas. Hablan el general retirado Raúl Tanco y Oscar Bidegain, gobernador de la provincia de Buenos Aires, hombre cercano a la Tendencia. Inesperadamente, llega un auto con hombres armados. Pertenecen a la Juventud Sindical, organización recientemente creada por Rucci. Descienden y hacen fuego sobre la multitud. Luego huyen. Quedan –allí, en José León Suárez, lugar que evoca la muerte para los peronistas– un muerto y varios heridos.

"Habitualmente este hecho no se incluye en las discusiones sobre Ezeiza. Pero el 10 de junio de 1973 prefiguró el 20, 'José León Suárez' anticipó 'Ezeiza'. Lo anticipó, al menos, en uno de sus aspectos esenciales: en la furia guerrera, en la decisión criminal de la derecha. La Tendencia –después de 'José León Suárez'– no podía considerarse 'inocente' acerca de la metodología armada de sus enemigos. Sabía que sólo podía enfrentarlos al costo de integrarse en su lógica de guerra.

"En Ezeiza, en suma, no es donde se cobra sus primeras víctimas la derecha peronista. Es en José León Suárez. Y esto lo sabían los militantes y la dirigencia. Y aunque el hecho no alcanzó para atemorizar al pueblo y frenarlo en su decisión de marchar hacia Ezeiza en busca de Perón, alcanzó para alentar a la Tendencia, para obligarle a saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar sus enemigos. Hasta el fin, hasta la muerte. 'José León Suárez' fue una declaración de guerra. Porque allí, la derecha peronista –más allá de la 'guerra' de consignas, 'declaraciones' o 'solicitadas'– demostró que estaba dispuesta a matar" (JPF, *ob. cit.* pp. 95/96).

Miguel Hurst había estado en ese campo de batalla. Apareció furioso, reputeando. "Son asesinos –dijo–. Se bajaron de los coches y empezaron a tirar a mansalva. Había minas, pibes. De pedo no fue un desastre. No va a haber paz con estos tipos. Son los sindicatos. Y ojo: no sólo es Rucci. Es la UOM. Es el Turco Lorenzo Miguel. Y son todos. Los demás también. Todos los hijos de puta que conciliaron, negociaron y dialogaron durante todos los años de lucha. Son parte del régimen. Y lo quieren conservar." Esa misma tarde, un compañero de *Envido* –que vivía frente a la Uocra– pasa cerquita de los compañeros laburantes peronistas porque vive ahí nomás y los escucha decir: "Ma sí, a ese turro lo tirás adentro de un pozo y después le ponés tres kilos de cemento fresco encima. Te lo juro: no lo ves más".

Tengo otro relato. Refleja con fidelidad la época en que ocurrió. En otra (hoy, por ejemplo), el personaje central no habría dicho con tanta ligereza a un extraño lo que aquí dice. Ya expliqué la función que cumplen en este ensayo: estos relatos o mini relatos buscan entregar al que no vivió esa época de difícil comprensión algunos de sus hechos, tal vez pequeños pero trascendentes, que permiten penetrar en ella con mayor fuerza, con mayor hondura. Son –diría Hegel– el *elemento* en que esa historicidad se desliza.

Perón en 1813: festejos por la ley de vientres

TANGÓ

REP

"ES INCREÍBLE EL APEGO QUE LA GENTE LE TIENE A LA VIDA"

Ese *elemento* fue cada vez más el de la muerte. El de la desvalorización de la vida. Y en el caso de este relato, la genuina sorpresa de alguien por el valor que otros lo otorgan a la vida. Conjeturo que muchos de ustedes habrán hablado cara a cara con un asesino. O no. O no lo saben. Uno se cruza –a lo largo del día– con un montón de gente. De ese montón, ¿a cuántos conoce bien? Supone que ninguno es un asesino porque todos andan sueltos. Pero esta suposición supone, a su vez, una desmedida confianza en la Justicia. Supone creer que en la cárcel están todos los asesinos. Que no hay asesinos sueltos. Algo que sólo puede calificarse como una ingenuidad republicana o como un deseo que permite vivir más serenamente: si todos los asesinos están en las cárceles nadie habrá de matarme. Aun así debiera pensar que existen los asesinos potenciales. Debiera pensar algo que no me atrevo o no quiero pensar: *cualquiera puede ser un asesino*. Cualquier ser humano –bajo determinadas circunstancias– puede matar. Incluso yo, por más que me crea un ángel lleno de buenos sentimientos y conductas previsibles y racionales. Pero nadie es previsible. Hasta podía decirse que el no serlo torna a las personas más interesantes. Y que serlo las torna más anodinas pero, a la vez, más peligrosas. Porque el paso de la previsibilidad a la imprevisibilidad es casi siempre violento. Ese paso es un quiebre en la personalidad del que lo sufre. Y es una agresión –siempre sorpresiva– para el que lo recibe. "Nunca te pensé capaz de algo así". "Nunca creí que podrías ser tan turro". "No puedo creer que seas vos el que está diciendo eso". "No te reconozco". "¡Cómo cambiaste, viejo! Sos otro".

El aspecto fascinante de la cuestión es que el asesino aparezca en un lugar inesperado, en medio de una conversación amable, de una comida apetitosa, con una buena copa de vino, en medio de una charla como cualquier otra, que no parecía encerrar imprevistos. A mí no me había ocurrido hasta la noche que cené... *con un custodio de Lorenzo Miguel*.

Durante los primeros años de 1973 me agarró un miedo que no pude superar: viajar en avión. No supe a qué atribuirlo. Era una negación. La muerte se había adueñado –ya largamente– del país, ¿qué tenía de raro que ese miedo se me canalizara por el lado de los aviones? Pude haber tenido psoriasis, algo feo en verdad. O migrañas intensas. O, sin más, miedo a salir de mi casa. No, me agarró miedo a viajar en avión, una de las cosas que más asiduamente hacía. No me preocupé: ya habría de pasar. Tal como había llegado se iría, un día cualquiera, de golpe. Empecé a tomar trenes. Es muy romántico el tren. Y el que iba a Mendoza se llamaba "El Libertador". Y era una joya. Había dos turnos para cenar. Elegía el segundo. Podía quedarme de sobremesa, tomarme un whisky, hablar con alguien e irme a dormir, previo Lexotanyl. El Lexotanyl era de uso nacional en la década del '70. Cierta vez comparto la mesa con un tipo alto, fornido, simpático irrebatible, sonrisa ganadora y conversación animada. Noté que sus manos eran toscas y sus dedos muy grandes, fuertes. Una mano acostumbrada a los trabajos manuales. Nada que ver con las mías. Pese a lo cual yo confiaba mucho en mi derecha. Tocaba el piano durante esos años y las manos de un pianista –contrariamente a lo que se cree– no son meramente finas y delicadas, son muy fuertes. ¿Qué otra cosa podrían ser? El pianista no deja de ejercitarlas. No deja de aporrear las teclas con ellas. De aporrear las teclas a aporrear una jeta hay una distancia estética, de acuerdo. Pero sólo eso. Hay acordes de Brahms que son poderosos, que hay que darles con todo para arrancarles el sonido que requieren. Si variamos el contexto y en lugar de tocar alguno de los dos maravillosos conciertos de Brahms, uno se tropieza con un tipo que se obstina en romperte la jeta, deberás hacer con la suya lo que hacés en el piano cuando aporreás esos acordes de Brahms: usarla de teclado. Ante todo, ahí tenés los dientes del tipo, que se parecen al teclado. Y el ojo que bien puede ser una corchea. Y los labios que no sé qué demonios pueden ser pero se los rompés igual. Esto no debe llevar a creer que me he pasado la vida rompiendo jetas por el mero hecho de tener fuerza en las manos por haber practicado escalas desde niño en el piano familiar. No, mi rival es el teclado de la PC. A él sí le pego sin piedad. A uno que otro tipo le he llegado a mostrar el temible nudillo de mi dedo mayor y a decirle que podría destruirlo con él. Si se convence, bien. Si no, habrá que pelear. Pero la fuerza de mis manos me ha resultado más útil para abrir una botella de champagne que para voltear enemigos a golpes de puño. No soy cagón, pero odio la violencia. Cada vez que en la vida –pocas veces y cuento desde la infancia– le pegué a alguien me sentí tan mortificado que en seguida estaba a su lado pidiéndole perdón. Insisto: odio la violencia. Lo que nunca se podrá saber con esta clase de gente –con estos humanitarios que odian la violencia– es si la odian auténticamente o la odian de puro cagones que son. Cada uno deberá indagar en sí mismo esa temática. De todos modos, prefiero un cobarde a un asesino. Prefiero un humanista a un violento. A un tipo que se niega a pelear antes que a un matón de cuarta. (*Nota:* Hay situaciones en que no queda otra que pelear. Aquí todo se torna imprevisible. Cualquier "cobarde" puede ir más allá de sí mismo y revelarse un luchador feroz si lo convoca un motivo en el que cree con fervor. Y estamos ya fatigados de ver a guapos, "valientes" o matones arrugar en los momentos en que más tienen que jugarse. La condición de los seres humanos es imprevisible, sorprendente y nadie es algo para siempre. Un tipo que tiempo atrás se te reveló como un cagonazo irredimible hoy puede romperte la jeta impecablemente y te vas a quedar sentado de culo preguntándote cómo pudo ocurrir eso. Eso te va a enseñar a ser más prudente. No hay cobardes para siempre. No los hay *necesariamente*. Tampoco hay valientes para toda la vida. De pronto, en cualquier pelea, se les revela algo que desconocían: el miedo. La fragilidad de todo. Y el otro les llena la cara de dedos. Siempre hay retorno. La vida se parece al fútbol. "Lo bueno del fútbol", dicen sabiamente algunos jugadores, "es que siempre te da revancha el domingo que viene". La vida es todavía mejor. Te la da todos los días, feriados o no.) No era de cuarta el tipo alto, fornido y simpático con el que compartí esa cena en "El Libertador" a mediados de 1975. Era un custodio de Lorenzo Miguel y ahora nos hemos quedado solos compartiendo la sobremesa de "El Libertador". Como siempre, la comida había sido tolerable. Algo frío, algo caliente, un postre y café. Era el lugar el que le otorgaba a todo una especie de majestuosidad que –con algo de imaginación– le hacía sentir a uno que estaba en el *Orient Express*. Luego de comentar algunas insustancialidades, la conversación se pone densa. Era inevitable. Era la época. La opción era no hablar. Pero si uno se atrevía a hablar en serio sólo podía hablar de eso, de la muerte. Hablamos entonces de toda la gente que muere día a día en el país. Hemos ordenado dos whiskies. Coincidimos en la marca: JB. El revuelve el hielo con uno de sus dedos gordos, peligrosos.

–¿De que laburás? –me pregunta.

–Soy vicepresidente de una sociedad anónima. –Era mi respuesta para impresionar. La otra posible era: "También soy un ideólogo de la subversión. Pero me abrí apenas lo mataron a Rucci". Jamás la decía.

–Carajo, y mirá que sos joven.

–Es una anónima familiar. Funciona bien. Tenemos otro socio que se ocupa de las máquinas. Mi hermano de las finanzas. Yo de la comercialización. O de las ventas, si querés. Y tenemos viajantes por el Interior. Mi hermano es el cerebro. Yo no sé sacar un costo. Pero soy un vendedor empeñoso. Mucha parla, sonrisa ganadora, voy a cenar con los clientes, me aguanto el vino que toman ellos...

–Y te ofrecen minas.

–Sí, pero son pocos los lugares de este país donde hay buenas minas. Rosario. Salta. Mendoza, cuando vienen las mejores putas de Chile. – No le dije que ese tema me importaba poco. Que nunca aceptaba esos "regalos" de mis clientes. Pero –en una conversación entre tipos– eso de saber dónde hay buenas minas te da prestigio. Los tipos somos así. Pregunté:– ¿Y vos, qué es lo tuyo?

–Soy custodio de Lorenzo Miguel.

–Ganarás muy buena guita.

Asintió.

–Están en una guerra ustedes –digo–. En Villa Constitución se lucieron.

Recordemos: era 1975, ya había pasado el asalto facho-peronista a los "zurdos" de Villa Constitución. Ahí, por primera vez, con armas, con muertos, el peronismo enfrentó a una clase obrera no peronista. Un hecho único, histórico.

–Sí. –Sonríe satisfecho. Dice–: Los hicimos mierda.

–¿Se bajaron a muchos?

–Esa pregunta, ahorratelá.

–Mis disculpas.

Tomamos nuestros whiskies. Se hizo una pausa larga, demorada. Algo iba a decir el tipo. Y lo estaba pensando. Lo que dijo fue –para mí– inolvidable.

–¿Sabés por qué somos tan efectivos los tipos como yo? Oíme bien. –Se inclinó hacia mí. No bajó el tono de voz. Pero la búsqueda de la cercanía le dio densidad a lo que dijo. Esa cercanía tenía un mensaje, un significado. Era como confesar: Para decirte esto te lo digo de cerca. No sé si me importa mucho que me oigan. Quiero que vos sepas que no se lo digo a cualquiera. Por eso me inclino hacia vos. Porque te voy a confesar algo que sé. Que sé de la gente. Que lo aprendí a lo largo de los años. Y ahora te lo digo a vos. Pero de cerca. Quiero que sientas mi aliento mientras te lo digo. Y lo dijo–: Es increíble el apego que la gente le tiene a la vida. Eso nos da el poder que tenemos. Si no fuera así, seríamos inofensivos. Pero no. La gente se aferra a la vida como una garrapata. Como un insecto, como un parásito. Como un niñito a la teta de la mamá. Carajo, ¡qué pavura le tienen a la muerte!

–¿Y eso te parece raro?

–¡Claro! Si la vida es una mierda. Las minas te engañan o te dejan. Se te mueren los viejos. Los amigos te cagan. Los que te contratan te usan y el día que no les servís te echan o te tiran a un río con un pedazo grande de cemento en los pies. Y si no morís así morís en un hospital. Solo como un perro. Yo me pregunto. ¿Qué creen que están perdiendo? Si al final hasta les hacés un favor. Y no, viejo, no. Dan lástima. Desesperados, ridículos, lloriqueando como putitos, se aferran a la vida. Te piden que los dejés vivir.

–¿No te gusta vivir? Ese "apego a la vida" que tanto te sorprende en los otros, ¿no está en vos? ¿Ni un cachito?

–Ni un cachito. Te lo juro. Prefiero matar que vivir. Y cuando me llegue la hora, bienvenida, pibe, que llegue nomás. ¿Querés un faso?

–Dale. Y decime: ¿todos los custodios de Miguel son así?

–¡No! Hacen lo que les dicen. No se preguntan nada. A veces les digo: "¿Nunca se preguntaron por qué la gente se apega tanto a la vida?" Tienen la respuesta a mano. Te dicen: "Porque son todos cagones". Y mirá: tienen razón. El que no es cagón ni se pregunta por la vida ni por la muerte. Tenés que matar. Y si te toca morir, morís, viejo. Eso es todo. Qué tanto quilombo. Qué tantas preguntas. Preguntar te hace flojo. El bocho sólo sirve para joderte la vida.

Se liquidó el vaso de whisky. Otra vez se quedó silencioso. Se puso a mirar por la ventanilla. No se veía nada. Alguna luz, lejos. Siempre que veo esas luces me pregunto quién vive ahí. A veces, peor: me pregunto si Dios sabe que ahí vive alguien. Ahí dejo de mirar la luz. El que viva ahí, que se joda. Mirá si Dios se va a ocupar de él.

Me miró de nuevo.

–¿Sos casado?

Le dije que no. Para no explicar. Él dijo que sí. Que tenía tres pibes. Y habló un buen rato de ese asunto. De pronto, se detuvo. Hizo un gesto con la cabeza. De contrariedad, creo. Dijo:

–Lo que pasa... Con este laburo mío, qué querés. Los veo poco. Y un día, si me descuido, no los veo más. Sin embargo...

–¿Sin embargo?

–Pronto se va a acabar. Lo nuestro, digo. Se van a encargar otros de la tarea. No sé si entendés. Otros. –Se puso en pie. Era muy alto. Corpulento. Tiró un montón de billetes sobre la mesa.– Dejame invitarte.

–Otros... quiénes.

–Los milicos, pibe. Quiénes si no. Se viene una acá. Ni vos ni yo la podemos imaginar. Nadie. Pero creeme: se viene una... Chau, pibe. Que duermas bien.

No recuerdo si dormí bien o mal. Juraría que mal.

RIGHI Y LOS DERECHOS HUMANOS

Esteban Righi tiene, hoy, setenta años. Se lo ve bien. Es el procurador general de la Nación. Le resulta divertido todo lo que le dedicamos a su discurso. Y los dibujos de Rep, geniales.

–Di el discurso de pie –me dice.

Estamos en su despacho. Un lugar muy hermoso. Lleno de madera. Amplio. Un lugar del poder. Le avisé que quería hablar con él y ahora lo estoy haciendo. Le digo que ese discurso es una de las más grandes piezas de los derechos humanos. Que es uno de los más potentes y hermosos y sinceros y verdaderos de todos los que se pronunciaron en este país.

A propósito: para todos lo canallas que andan diciendo que el gobierno de Cámpora fue de los Montoneros. Que toda la experiencia del '70 fue de los Montoneros. Vean, cállense la boca. No mientan más. No-mien-tan-más. Estamos hartos de mentiras. *La Juventud Peronista fue mucho más que los Montoneros*. Righi no consultó su discurso con ningún montonero. El lunes 8 de junio los dos tipos que nos reunimos en su despacho de Procurador de la Nación teníamos un pasado en la Jotapé, pero nunca estuvimos en Montoneros. No nos gustaban los Montoneros. Teníamos serias dudas sobre su conducción. Hoy decimos: "Perdía" y se nos ponen los pelos de punta. ¿Cómo pudieron tantos tipos inteligentes someterse a esa conducción? *El gobierno de Cámpora fue un gobierno de la Juventud Peronista, pero no de Montoneros.* Ni Cámpora ni Righi ni Juan Manuel Abal Medina ni la mayoría de los otros que lo formaban (Abal no institucionalmente, pero era un brazo fundamental de Cámpora) eran Montoneros. Si quieren que les diga algo loco: yo aceptaría decir que fui más camporista que peronista. Y que hoy no reniego de Cámpora y sí del Perón que viene con Isabelita, López Rega, Osinde, Milo de Bogetich, Lastiri y muchos otros más.

En cuanto a Righi, insistamos: el hombre que da ese discurso conmovedoramente humanista formaba parte esencial (era, nada menos, que el ministro del Interior) del gobierno de la Juventud Peronista. Así que jodan un poco menos preguntándose: ¿cómo habría sido un gobierno de los Montoneros y el ERP? Nunca pudo haber existido ese gobierno. Jamás podrían haberse apoderado de él. En cambio, sabemos muy bien *cómo fue un gobierno de la Juventud Peronista*. Fue un

gobierno cuyo ministro del Interior dijo:

1) "Es habitual llamar a los policías guardianes del orden. Así seguirá siendo. Pero lo que ha cambiado, profundamente, es el orden que guardan. Y en consecuencia, la forma de hacerlo".

2) "Un orden injusto, un poder arbitrario impuesto por la violencia, se guarda con la misma violencia que lo originó. Un orden justo, respaldado por la voluntad masiva de la ciudadanía, se guarda con moderación y prudencia, con respeto y sensibilidad humanas".

3) "Dije que la Policía tendrá nuevas obligaciones y quiero enumerar algunas de ellas. Tendrá la obligación de no reprimir los justos reclamos del pueblo. De respetar a todos sus conciudadanos, en cualquier ocasión y circunstancia. De considerar inocente a todo ciudadano mientras no se demuestre lo contrario. De comportarse con humanidad, inclusive frente al culpable".

4) "En la Argentina nadie será perseguido por razones políticas. Nadie será sometido a castigos o humillaciones adicionales a la pena que la Justicia le imponga".

5) "La sociedad debe protegerse del delito, pero será ineficiente si no comienza por comprender que sus raíces no están en la maldad individual sino en la descomposición de un sistema que no ha ofrecido garantías ni oportunidades".

6) "Las reglas del juego han cambiado. Ningún atropello será consentido. Ninguna vejación a un ser humano quedará sin castigo. El pueblo ya no es el enemigo, sino el gran protagonista".

FRASES Y CONDUCTAS PARA LA HISTORIA DE HÉROES CIVILES DE LA DEMOCRACIA

Susana Giménez: "El que mata tiene que morir"

Rabino Bergman: Propone suprimir las palabras del Himno "libertad, libertad, libertad" por "seguridad, seguridad, seguridad".

Carlos Ruckauf: "Hay que meter bala".

Ingeniero Santos: Corre a dos delincuentes que le robaron el pasacasete y los mata a balazos. Los automovilistas, ante los robos de pasacasetes, habían empezado a pegar en sus ventanillas un *sticker* que decía: *No tengo pasacasete*. Ahora pegan uno que dice: *Tengo pasacasete, pero soy ingeniero.*

Juan Carlos Blumberg: Líder de la inseguridad ciudadana. Lucha por reducir la imputabilidad de las penas. Su meta son los jóvenes. Ahí ve la delincuencia. El huevo de la serpiente o, sin más, la serpiente.

Lucho Avilés: "A los cartoneros hay que ponerles una bomba en la bolsa. Así cuando la abren explota y chau. Después que los tiren por ahí". (Proyectado –como repetición– en el programa *TVR*, Canal 13, 22 hs., año 2007.)

Esteban Righi: *Ninguna vejación a un ser humano quedará sin castigo*.

No creo que un gobierno vuelva a tener un ministro del Interior que le diga esto a la Policía. Desde hace años caer preso puede ser para cualquiera la peor de las pesadillas. La Policía lleva a Camps en el alma. Al inicio de la democracia un amigo va a hacer un trámite a una comisaría.

–Siéntense y espere.

Eso le dice el único cana que está al frente del mostrador. Al rato llega una señora desesperada, la cara bañada por las lágrimas. Dice que su hija ha intentado suicidarse. Que está sangrando.

–¿Por qué no fue a un hospital?

–Porque ustedes están más cerca. El hospital queda lejos.

–Siéntese y espere.

Mi amigo –que se llama Ricky– se indigna.

–¿Cómo le dice eso?

–¿Qué le dije yo?

–"Siéntese y espere." No puede esperar. ¿No ve que está desesperada? ¿No le dijo que la hija se está desangrando? ¿Cómo le dice "Siéntese y espere"?

–Acompáñeme, por favor.

Sale por una puerta. Mi amigo lo acompaña. Está tranquilo. Es la democracia. Esta es la policía de la democracia. Sale por la misma puerta que el policía. Hay un patio. El cana cierra la puerta, lo agarra a mi amigo del cuello y le mete una piña impresionante en el estómago. Mi amigo trastrabilla, cae y se queda en el piso sin aliento. El cana lo alza y, muy cerca de la cara, le dice:

–Oíme, pelotudito: a mí no me correś de apuro, eh. Si no te gusta cómo hago las cosas te meto adentro. Hay unos cuantos ñatos a los que les vas a caer muy bien con esos ojitos claros que tenés. O sea, te van a romper el orto como para que no te volvás a sentar en tu puta vida.

Mi amigo se rajó. La mujer seguía llorando y pidiendo por la hija que se desangraba y el cana seguía impávido.

–Qué boludo –me dice mi amigo, hoy–. Yo creí que era la policía de la democracia. Que uno podía quejarse. No dejar que te trataran como el culo. Todo eso creía y me salvé de pedo. No te imaginás la piña que me metió.

Righi me hace traer un café. Él también se pide uno. Es el mismo de siempre. Es eso que se llama un argenmex. Aunque predomina lo argentino. Le preocupa la derecha del país. El armado compacto que tiene. Pero no pierde sus flacas esperanzas. Tan flacas como las de todos nosotros. Cuando las cosas –sobre todo si es la primera vez– te salen tan mal, después es difícil confiar en que van a salir *completamente* bien. Uno se vuelve humilde con la vida. Cauteloso. Se acostumbra a pedir menos. A esperar menos. Hablamos mucho de Ezeiza. Eso fue un rompecabezas. Hablamos de Perón. Un poco del futuro y nos prometimos volver a ver. Comer algo. Por qué no. Cuando nos ocupemos de Ezeiza lo vamos a reencontrar en estas páginas.

EL DISCURSO DE JORGE VÁZQUEZ EN LA OEA

Pero el discurso de Righi no fue el único de los que delinearon el rostro de la primavera camporista. Allá, en Lima, Perú, donde Sucre coronara la independencia americana del poder español en la poderosa batalla de Ayacucho, debida por entero a su genio militar, algo que siempre llevo a primer plano para subsanar en parte la timidez de Sucre, la adopción del bajo perfil ante la figura inmensa, que por donde pasaba sólo echaba sombras sobre quienes lo rodeaban, de Bolívar, el Libertador de Pueblos. Ahí, pues, en Lima, entre junio y julio de 1973, se llevan a cabo las primeras reuniones de la comisión especial de la OEA para revisar el sistema interamericano y, sin más, cambiarlo. Había mucha broca con la OEA. El campo era propicio para surgiera la voz de Jorge Vázquez. La OEA no había ayudado a los países latinoamericanos. Ninguno había obtenido nada importante de Estados Unidos. ¿Creían que el patio trasero era realmente eso: el patio trasero, donde sólo se tiran las inmundicias, ese lugar que nunca se muestra, del que nadie se siente orgulloso? Pues no, gringos arrogantes. No es así. Habían prometido buenos términos de comercio y un compromiso mayor de los EE.UU en el desarrollo de los países pobres. Y nada. El TIAR era un organismo obsoleto, de nada servía. Queremos pluralismo ideológico. Queremos el ingreso de Cuba en la OEA. O sea, la queremos otra vez, porque ya estuvo y tiene que seguir estando. La argentina toma la palabra. La palabra es la de Jorge Vázquez. Este joven, brillante protagonista de la primavera de la democracia tenía 30 años. Oyeron bien: 30 años. Hoy, un tipo de 30 años es un nabo que todavía vive con los viejos y no sabe qué mierda hacer de su vida salvo tocar temas de Charly o Spinetta en su guitarra. Algunos dicen que sus ímpetus duraron lo que la primavera camporista. Pero no fue así. Tenía ímpetus para montones de años, pero la derecha los echó con todo su poder. Con el del establishment y el de Perón. Los milicos lo meten en el buque "33 Orientales" Ahí conoce a Menem. Se dice que ahí lo pelaron al Tigre de los Llanos. Se dice que consiguió zafar. En 1978 a Vázquez le dicen que se vaya a su casa. No lo matan.

El discurso de Vázquez en Lima es único por su lucidez y su coraje. Algún viejo diplomático, medio escondido, cauteloso pero con ganas de decir lo que piensa, afirma satisfecho: "Al fin la Argentina se pone los pantalones". Sí, los pantalones del camporismo. Vázquez dice todo clarito y verdadero: *No hay armonía entre los intereses de Estados Unidos y los de América Latina*. La OEA está en crisis. No se puede seguir aceptando la exclusión de Cuba. No sirvió en nada para superar la desgracia originaria de América Latina: la balcanización de sus países impuesta por el imperialismo del siglo XIX. Nos dividieron y nos dominaron. Algún señor descendiente directo del general Mitre diría que el de Vázquez es un "revisionismo trasnochado". Y para Vázquez esa maltrecha interpretación dogmática de la historia es una imposición de clase, es el cuento rosado de los vencedores que se refugia pomposamente en la Academia de la Historia. Guárdensela. La acción de los monopolios norteamericanos y las viejas oligarquías que sostienen esta versión de la historia más los nuevos grupos económicos corporativos, monopólicos y oligopólicos han edificado esa historia "amodorrada", dijo" "y complaciente". ¿La OEA? ¡Por favor, no me vengan con la OEA! "Es un instrumento de la política norteamericana". señores, digamos la verdad: "Hasta ahora sólo nos ha producido amarguras y frustraciones". Joseph John Jova, el representante norteamericano, sacaba una y otra vez su pañuelo y se lo pasaba por la frente. ¿Quién era este joven irresponsable que desconocía la adecuadas mesuras de las relaciones diplomáticas? Vázquez seguía: Todo esto es obsoleto. Hay que revisar "este mecanismo". ¿Y el Canal de Panamá? ¿Qué significaba que estuviera en poder de los Estados Unidos? ¿Con qué derecho si no el de la fuerza? Ese Canal era de Panamá y a sus manos debía volver. El representante de Panamá no lo podía creer. ¿Por qué lo ayuda tanto Vázquez? Sencillamente porque este otro pibe del camporismo estaba inaugurando seriamente en la OEA el latinoamericanismo. Y Panamá valía tanto para la Argentina como la Argentina misma. Vázquez termina con gran vehemencia su discurso. Esa vehemencia se expresa en una exclamación poderosa, formidable: "¡Viva América!" El representante norteamericano, algo más calmo, le dice a su asesor en asuntos latinoamericanos: "¡Caramba, al menos terminó vivándonos!" "Señor, disculpe. Pero ellos también son 'América'. Tanto como nosotros." "¿Están locos? Ellos son *Latin America*. America somos los United States." El asesor, cautelosamente, dice: "Señor, creo que usted no ha entendido el discurso del diplomático argentino". (Este diálogo memorable me lo entregó un diplomático de larga carrera en Washington. *Se non e vero*...)

OCTAVIO GETINO, CAMPORISMO Y CINE

"No soy popular, igual que la grúa municipal. Nadie la quiere pero hace falta, es necesaria, y en el fondo la gente lo reconoce. La censura es útil porque cumple una función social. No conviene dejar librado al criterio de todos un espectáculo de masas. Hay personas que pueden manejarse con criterio propio, pero son las menos. (...) Hay que saber muchas cosas, música por ejemplo. El otro día estábamos viendo una vista y yo advertí a mis colegas –que no lo sabían– que la marcha que se escuchaba en aquel momento era 'La Internacional'. La censura es viva. Nos adaptamos a las circunstancias. Hemos cambiado." Ramiro de la Fuente

Todavía algunos creen que el rey de los censores fue Paulino Tato. Si lo fue, ese reinado lo compartió con Ramiro de la Fuente. Ya hablaremos de ellos. Ahora es el momento de hablar del héroe del cine de la primavera camporista: Octavio Getino.

Getino, según se sabe, hizo con Solanas *La hora de los hornos*. Luego *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*. Es un militante de fierro. Desde pibe que se mete en las grandes huelgas. Citamos lo que nos dijo de su experiencia en la del Lisandro de la Torre, cuando era un pibe. Fue cofundador del Grupo Cine Liberación. Dirigió películas que fueron vistas y aceptadas por los más exigentes. Es un intelectual del cine. Fue interventor del Ente de Calificación Cinematográfica en 1973, un fruto del camporismo. Con él, nos metemos en el tema del camporismo en el cine. En pocos lugares como ése brillo la libertad de la época, la audacia, la creatividad. Getino embistió contra todos. Si hizo falta, con manteca.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO
Camporismo y cine (II)